

LECTURAS DESDE LA COLMENA, SEMINARIO CON ISIDORO REQUENA

En el marco del XXX Aniversario del Centro de Investigaciones
Literarias y Lingüísticas “Mario Briceño-Iragorry”
y de la Maestría en Literatura Latinoamericana



Realizado entre el 27 y 28 de abril 2017
en la Sala “Domingo Miliani”, Centro de Investigaciones Literarias y
Lingüísticas “Mario Briceño Iragorry”,
Núcleo “Rafael Rangel”, Casa Carmona, piso 4.
Universidad de Los Andes, Trujillo - Venezuela

LITERATURA Y FILOSOFÍA EN LA CASA DE CARMONA

Requena, Isidoro

Hago este relato en primera persona, asumiendo responsabilidades.

Este CILL nuestro (nidial de nubes en la azotea de esta gran Casona familiar) está cumpliendo 30 años de vida: (aprobado el 04-05-1987). Nació bajo el signo de la multidisciplinariedad –es su originalidad-, mirando a la literatura desde un abanico de perspectivas: la propia literatura, la lingüística, la psicología, las artes, la historia, la sociología, la filosofía...

Desde esta última mirada una inquietud persistente fue intentar aproximarme a las interrelaciones de la doble cara del logos griego, su rostro velado –pensamiento- y su rostro descubierto –escritura-. O, lo que es lo mismo, las relaciones entre Filosofía y Literatura.

Preguntémonos, ¿cuál ha sido y es la presencia de la filosofía entre nosotros? ¿En qué filosofía hemos buceado, qué libros y autores hemos leído? ¿Qué huellas reposan en nuestra biblioteca? ¿En qué hemos fundamentado nuestra reflexión? ¿Qué metodología ha orientado nuestra búsqueda? ¿Qué sustentación filosófica tienen nuestros textos? ¿qué trazas sustentan nuestra escritura? ¿Qué singladuras han orientado nuestros cursos de postgrado? Y más radicalmente ¿qué entendemos por filosofía?

Acotemos un momento, la década de los noventa. Y destaquemos tres presencias decisivas en nuestro proyecto.

La primera fuente donde abrevamos fue la obra del filósofo francés Paul Ricoeur (1913-2005). Se están cumpliendo 25 años de la estadía entre nosotros de su obra. Preciso. Yo me estaba reincorporando después de un año sabático en Granada, España, y traía bajo el brazo ese libro de puntualización crítica de la fenomenología hermenéutica: Ricoeur, Paul. *Du texte à l'action*. París, du Seuil, 1986. (La edición castellana data de 2001). Traduje ese capítulo luminoso titulado “La imaginación en el texto y la acción”. Cuántos seminarios leyendo ese texto, cuánta referencia a la vasta obra ricoeuriana buscando la confrontación del texto literario con el rostro del ser humano.

Segunda presencia. Un fenómeno mundial en el ámbito filosófico fue (también en la década de los noventa) “El mundo de Sofía” (1991), esa novela fascinante del filósofo-escritor noruego, Jostein Gaarder (1952). Se lee: “La palabra filósofo se emplea hoy en día con dos significados algo distintos. Por filósofo se entiende ante todo una persona que intenta buscar sus propias respuestas a las preguntas filosóficas. Pero un filósofo también puede ser un experto en filosofía”. Dos significados, pues, distintos, pero paralelos, mutuamente implicados de la palabra filosofía. De un lado, dimensión humana y, de otro lado, discurso riguroso. La

visagra que los articula está precisada: “Puede resultar de gran ayuda leer lo que otros han pensado”. Basada en ella está la película **El mundo de Sofía** (1999) de Erik Gustavson (1955).

Novela –reza el subtítulo- sobre la Historia de la Filosofía. Novela que ha sido traducida a 54 idiomas. En castellano, en cuatro años –de 1994 a 1998-, la editorial Siruela de Madrid hizo 33 ediciones y 18 simultáneas una editorial mexicana. Para 2006 se calculaba que se habían hecho 23 millones de copias y que el número de lectores pasaba de los 68 millones.

Su intención. Leo en la contraportada: “Quería Jostein Gaarder escribir una novela para jóvenes que buscan el sentido de la vida. Yo traté de escribir ‘El Mundo de Sofía’ para gente que no sabía nada de filosofía”. Es decir, que no eran profesionales de la filosofía.

De todo este fascinante relato queda la angustia de no saber si nuestra existencia es real o si somos personajes de ficción creados por un «autor» y si nuestra «existencia» está en las manos del narrador.

La tercera presencia ha sido la del filósofo-escritor amigo José Manuel Briceño Guerrero (1929-2016). Cuántas veces remontó el Páramo desde Mérida a Trujillo -con su barba nevada y su pipa humeante- a atizar el fuego de la palabra. Aquí dejó huella de su palabra hablada y de su narrativa que configura un impresionante relato del hombre.

Itinerario de su reflexión-escritura:

. “Lo que yo entendí como filosofía, y sigo entendiendo, es una reflexión sobre la vida, sobre el sentido de la existencia”.

. La pregunta. “¿Quién soy yo? Estoy aquí para saber quién soy y qué quiero”. “La vida misma en cuya corriente discurrimos ¿qué sentido tiene? ¿Por qué esa hambre de sentido?”.

. La incertidumbre. “Has partido, navegas por un mar sin orillas, y nadie sabe

a dónde vas, ni siquiera los dioses ciegos que gobiernan los vientos y la espuma. Estás de viaje”.

. Los personajes de novela. “Somos parte integrante del ser humano; estamos en todos los hombres con diferente fuerza y en combinaciones diversas; pero también tenemos existencia propia independiente”.

Desde la memoria y la gratitud hemos apuntado a las fuentes donde hemos abrevado estos años.

Trujillo, marzo 2017.

PENSAR CON LAS MANOS

Los griegos pusieron en juego el término “logos”. Término ambiguo, indeciso, abierto en dos direcciones: en primer lugar, lenguaje y sus derivados, la cara exotérica, hacia fuera; y, además, pensamiento, razón y sus derivados, la cara interna, esotérica, para sus adentros. Ambos cosidos. Qué bien lo expresa Manfred Frank: “La razón es una abstracción de la gramática de un lenguaje y el lenguaje es la realidad concreta de la razón” (Frank: 150). El pensamiento sólo existe expresado verbalmente y el discurso está siempre preñado de pensamiento. Red de mediación, de comunicación, de relacionalidad entre hombre-mundo, hombre-hombre, sí-sí mismo. Cada vez que un hombre habla o escribe alguien dice algo a alguien. Esta maraña se llama referencialidad, dialógicidad.

El pensamiento quedó para siempre como unas lentes bifocales: razón, para ver de lejos, para ver lo uno; sensibilidad-sentimiento-imaginación, para ver de cerca, para ver la diversidad. Hay, pues, dos modos fundamentales de conocer-relacionar: de una parte, por conceptos; de otra parte, por metáforas y relatos. Dos caminos simultáneos. En el pensamiento conviven operaciones de caracterización universalizante en el reino de lo mismo y operaciones de identificación singularizante en el reino de lo semejante; procedimientos, pues, de abstracción y de concreción. De una parte, el concepto especula, abstrae, despoja a las cosas de sus vestiduras individuales. De otra parte, la sensibilidad-imaginación concretiza, personaliza, individualiza, temporaliza, espacializa... En resumen, pensamiento-lenguaje es un juego de identidad y de diferencia, de distanciaci3n y de pertenencia. Uno crea el horizonte l3gico, la red de significaciones, lo universal, lo conceptual; la otra, la representaci3n, la explicaci3n. Lo mismo funda lo semejante; la imaginaci3n no cesa de acosar al pensamiento conceptual.

¿Qué es pensar? Cuatro verbos casi con idénticas letras -pensar, pesar, sopesar, ponderar- se abocan a un único significado: pensar, más que un quehacer de la cabeza, es un quehacer de las manos. Sopesar, ponderar, es decir, evaluar el peso de las cosas con las manos. O con la balanza. Como que previo a su uso en el comercio, en la cocina y en el bañ3 se inventó para balancear la vida, para ser metáfora fundamental de la conciencia individual y colectiva. Pensar, en consecuencia, no es sólo de la razón, sino también de la sensibilidad, de la imaginaci3n, de las manos. Las manos (la sensibilidad, el tacto, el cuerpo) han sido privilegiadas en la historia de la humanidad. La sabiduría ha custodiado ese privilegio.

Las grandes metáforas para decir la vida del hombre y también para decir el quehacer de la escritura –tejer, hilar, moldear, jugar, pescar, cazar, hacer pan...- son quehaceres de las manos. Abanico desplegado, metáfora plural del pensar, del hacer, de la ética, de la moral, en lo social, pol3tico, laboral, familiar, religioso... Instrumento de amor, de amistad, de igualdad (“Una mano que estrecha otra mano es una mano estrechada por otra mano”, sugiere Merleau Ponty). Las manos para el trabajo, para el juego, para el arte, para hacer la arepa, para la caricia... Toda la creatividad humana “se refiere principalmente no tanto al dictado del ingenio cuanto al de la mano, instrumento de instrumentos”, proclamaba el renacentista Giordano Bruno.

Varias posibilidades de las manos. Para el trabajo y para la creaci3n artística (con sus manos construye el niñ3 en la playa su primer castillo de arena). Pero las manos más que para el hacer, son para el sentir, para el tactar, para percibir al otro. Para la relaci3n humana. Para pensar con las manos, sopesar –no metales- sino la vida, moldearla, amasarla, manejarla. Para pasarse las cosas, la vida) de unas manos a otras. Como si el pensar fuera, no un quehacer individual en la cueva del alma, sino un tener entre manos que ocurre en la plaza pública.

El renacentista Montaigne nos invita a ponderar con las manos sin truco, a modelar, a “pensar con las manos”. Se pregunta: “¿Qué hacemos con las manos? Enumera los actos de que son capaces nuestras manos: “Pedimos, prometemos, llamamos, despedimos, amenazamos, rezamos, suplicamos”. Añado: ¡Aplaudimos!

Trujillo, abril de 2017

LA VIDA ES COLMENA

La sabiduría milenaria nos transmitió un legado: la vida es colmena, ecosistema, comuna, multiplicidad y variedad en convivencia.

En el plano del conocimiento, la mirada humana sobre la vida es una elipse bifocal, que capta la pluralidad –la equivocidad- con que la realidad se expresa y la unidad –la univocidad- con que la mirada pretende atraparla.

El ser humano ha tenido desde siempre conciencia de su riqueza múltiple, de su complejidad, de su dispersión en mil situaciones, de su fragmentación en edades, de su refracción en un haz de capacidades. También desde siempre ha sido consciente de sus poderes de amalgama tras su deseo de unidad: ansia de verse en conjunto, de arremolinarse alrededor de un yo.

En el plano de la realidad, la vida del hombre es una experiencia compleja pero unitaria. Cada vivencia personal es un alud de experiencias a las que damos diversos apellidos, pero todas atribuibles a un solo pronombre, yo.

En el espacio de la cultura (universal, nacional, trujillana...) cohabitan una diversidad de discursos (los griegos les fueron poniendo nombres: mitos, religiones, filosofías, artes, literaturas, ciencias...), pero que todos intentan ser respuestas a la pregunta radical ¿quiénes somos?

Cualquier texto es un ágora, una plaza pública donde intercambian sus opiniones los diversos discursos, pero que buscan ponerse de acuerdo. Todo individuo, toda sociedad, todo texto, es sistema de símbolos y de motivos en interacción; símbolos y motivos –dos formas del universal- que se articulan entre sí. Así lo particular de una determinada biografía, historia, cultura o discurso se sitúa entre lo universal y lo individual.

En resumen, siempre el ser humano se ha visto utensilio de arcilla frágil roto en trozos y ha sentido la urgencia de juntarlos.

Se pregunta y se responde Eduardo Galeano: “¿Para qué escribe uno si no es para juntar sus pedazos?” Qué espléndida tarea: ¡juntar pedazos!

Traigo aquí para el recuerdo y la gratitud al amigo José Manuel Briceño Guerrero. “No recuerdo sino por fragmentos deformados al niño que me engendró. Tuve la sensación de llevar en mí una Atlántida sumergida. Me pareció entrever la plenitud perdida, el poder de mis primeros años. Pero entonces yo era todo un niño, ahora soy sólo un hombre, un hombre solo”.

Trujillo, febrero 2017.

SECUENCIA

Armemos como telón de fondo una panorámica sobre el discurrir del conocimiento rememorativo. Panorámica-escalera de seis escalones: los primeros hombres, Grecia, Renacimiento, Romanticismo, hermenéutica y Ricoeur.

Ricoeur carga a la espalda de sus textos el denso legado de la historia del pensamiento humano desde las primeras culturas hasta nuestros días. De modo especial, asume la antropología filosófica del Renacimiento y la filosofía del lenguaje del Romanticismo. Ricoeur reconoce su filiación tras Heidegger y Gadamer, en la fenomenología hermenéutica.

Los primeros hombres. Desde sus comienzos –es la confirmación unánime de las antiguas culturas- el ser humano se preguntó por el sentido de lo humano. Para responderse inventó un abanico de respuestas: mitos, religiones, filosofías, literaturas, artes, ciencias...

GRECIA.

Un día –hace veintitantos siglos- hizo balance y puso nombre a las cosas.

En sus comienzos griegos, la historia del pensamiento occidental está signada por la convivencia fraternal entre Apolo, el monoteísmo de la razón (un pensamiento analítico, aislante, que abstrae y separa) y Dionisos, el politeísmo de la sensibilidad (un pensamiento anamnésico, rememorativo).

Pero la convivencia entre estos dos modos de conocimiento fue efímera y la lucha desigual. La Filosofía de Occidente, desde Sócrates, ha sido el triunfo de lo universal sobre lo particular, de la razón sobre la sensibilidad.

RENACIMIENTO.

El Renacimiento es la eclosión desbordante de generaciones de pensadores y artistas: Leonardo, Rafael, Miguel Angel, Durero, Ariosto, Copérnico, Erasmo, Lutero, Calvino, Ticiano, Rabelais, Camoens, Tasso,

Shakespeare, Cervantes, Lope de Vega, Bruno, Montaigne...

Con el siglo XVI nace lo que se ha convenido en llamar la Modernidad. La Modernidad se repartió en dos estrategias, en dos miradas: una aislante, disociadora, lectura estática de diferencias (se valió del microscopio, de la fotografía del detalle) y otra sintáctica, panorámica de conjunto, lectura dinámica de semejanzas (se valió del telescopio, inventó el cine).

Una nueva imagen de la historia, del mundo, de la política, de la religión, de la ciencia, de la técnica, de las artes... y, sobre todo, del hombre hizo su aparición.

El hombre renacentista tomó conciencia de sus dos dimensiones, 'yo puedo' y 'yo debo'.

. Tres reflexiones sobre tres renacentistas: Bruno (g16), Montaigne (g25), Cervantes (g20).

ROMANTICISMO.

"A fines del siglo XVIII, bruscamente, un temblor desdibuja la geometría racional. Una nueva potencia, la sensibilidad, trastorna las arquitecturas de la razón. Una manera de pensar, sentir, enamorarse, combatir, viajar. Una manera de vivir y una manera de morir" (Paz: 91).

El romanticismo alemán no es sólo un canto al conocimiento rememorativo sino que además creó una rica teoría epistemológica para justificarlo.

Característica de lo romántico, según Schlegel, es "la identificación de filosofía y poesía" (de Paz: 189). "El poeta-filósofo es un mago que se encuentra en el punto trascendental donde, gracias 'a una unidad mística que llamamos yo', puede volver a introducir el mundo de los fenómenos en la esfera del absoluto" (de Paz: 202).

El romanticismo mudó definitivamente la filosofía desde la conciencia a la palabra, al lenguaje.

El pensamiento es dice Schlegel- un discurso republicano, "en el que todas las partes son ciudadanos libres y tienen derecho al voto" (56).

El romanticismo privilegió dos antenas receptoras: la memoria y la imaginación. Alfredo de Paz hace caer en la cuenta de que el romanticismo coincide "con la afirmación de que la imaginación posee una función central en la constitución de la conciencia histórica" (de Paz: 152).

El romanticismo utilizó dos redes de encadenamiento: ironía (la ironía de Schlegel: la conciencia de la contradicción irresoluble entre la necesidad y la libertad) y analogía: todo es metáfora de todo entretejiendo incansablemente naturaleza, transcendencia, hombre...

H E R M E N É U T I C A FENOMENOLÓGICA.

Tres filósofos la representan:

Heidegger. Su huella en este texto se reduce a cuatro rasgos:

- . El ser humano es tiempo.
- . El hombre es el ser que reflexiona su destino.
- . El hombre es viaje (g)
- . El lenguaje lleva al Ser.

Gadamer. Su huella en este texto tiene dos trazos.

- . El hombre es juego.
- . El lenguaje no lleva al Ser (a la ontología) sino a la historia.

RICOEUR.

Ricoeur explicitó-asumió la antropología filosófica del Renacimiento y la filosofía del lenguaje del Romanticismo alemán.

Define al ser humano por sus capacidades fundamentales: capacidad de pensamiento, de lenguaje y de acción que articulan la capacidad de narrar, es decir la capacidad de ser autor

y, a la vez, personaje de su propio relato; y capacidad de responder de su vida, de dar la cara, capacidad ética.

Ricoeur ha emparejado: pensamiento y escritura, filósofo y poeta, metáfora y trama, ironía y analogía, imaginación y memoria, niño y viejo (adulto), día (luz) y noche (oscuridad), realidad y ficción, razón y sensibilidad.

Respecto a la imaginación en la historia, Ricoeur puntualiza: “La función narrativa (...) se define a título último por su ambición de refigurar la condición histórica y de elevarla así al rango de conciencia histórica” (Ricoeur 1985: 150-151). Paralelamente, refigurar la condición biográfica y elevarla a conciencia biográfica. “La imaginación es un componente fundamental de la constitución del campo histórico (...) La práctica del relato consiste en una experiencia de pensamiento por la cual nos ejercitamos en habitar mundos extraños a nosotros mismos” (TN III: 358).

Llama a su trabajo hermenéutica, teoría general de la interpretación. La hermenéutica como perspectiva, como horizonte; más que un método pero también un método, un camino de abordaje. Como la vieja hermenéutica romántica, Ricoeur ha leído el discurso religioso-bíblico, el jurídico, el literario y hasta el cotidiano.

Complejidad de todo, del hombre y de su aparato lector, la fenomenología hermenéutica.

Trujillo y marzo 2017.

LAVAR PALABRAS

Preguntaron a Paul Ricoeur: ¿Cómo se hace presente el filósofo hoy? Respondió: puliendo conceptos, lavándole la cara a las palabras.

En este texto lavamos la cara a 13 fundamentales palabras.

LITERATURA.

En la densa red de símbolos y motivos que es la sociedad y el individuo, la literatura es ese uso del discurso que vincula un sentido explícito con uno implícito. Para ello, se vale de tres vías de acceso: de la metáfora -red de analogías-, de la trama -red de experiencias, razón narrativa- y de la reflexión -red de motivos, razón práctica-. Se expresa a través de los enunciados metafóricos, de los enunciados narrativos y de los enunciados reflexivos. Tres modos -afines- de configurar-refigurar-redescribir la realidad son poesía, relato y ensayo. Más que tres géneros, son tres estrategias que se intercalan, que se enredan amorosamente.

Insisto, la primera estrategia es de la razón metafórica, el ámbito de la poesía, con su red de analogías y tropos. Fontal razón también presente en las otras dos.

La segunda estrategia es de la razón narrativa, el ámbito del relato, con su red de tramas, donde confluyen la experiencia personal y las experiencias ajenas.

Y la tercera estrategia es la de la razón reflexiva, principalmente la de la razón práctica, el ámbito del ensayo. donde concurren símbolos y motivos. Las tres estrategias se interfieren, interactúan, se apoyan mutuamente. Por ejemplo, la razón práctica sabe que necesita de la razón narrativa para atrapar el tiempo, donde acontece la experiencia humana.

FILOSOFÍA.

En *El mundo de Sofía*, esa novela fascinante de Jostein Gaarder sobre la historia de la filosofía, se lee: “La palabra filósofo

se emplea hoy en día con dos significados algo distintos. Por filósofo se entiende ante todo una persona que intenta buscar sus propias respuestas a las preguntas filosóficas. Pero un filósofo también puede ser un experto en filosofía” (Gaarder: 390-391). Dos significados distintos, pero paralelos, mutuamente imbricados de la palabra filosofía. De un lado, dimensión humana y, de otro lado, discurso riguroso.

MITOS.

Hay un modo de identificación que es la pertenencia a una tierra y a una tradición. Esta pertenencia la recuerdan los mitos y los símbolos. Dos reflexiones paralelas. El mito -ahí empezó el quehacer de la razón narrativa- entreteje el tiempo originario con el tiempo de la experiencia humana; entreteje al hombre con la naturaleza; entreteje al hombre consigo mismo; entreteje las experiencias ajenas con la propia, en la urdimbre de la intersubjetividad. Así el mito, cuya raíz es el asombroso misterio del hombre y del mundo, va a ser reminiscencia de la naturaleza dentro del hombre, presencia de la totalidad sin descuidar ninguna parte.

SÍMBOLOS.

“Las expresiones de doble sentido que las culturas tradicionales han ‘injetado’ al nombrar los ‘elementos’ del cosmos -fuego, agua, viento, tierra, etc-, sus ‘dimensiones’ -altura y profundidad, etc-, de sus ‘aspectos’ -luz y tiniebla, etc.-“ Así se expresa Ricoeur. Una danza vertiginosa de analogías, de invasiones constantes -entre lo divino y lo humano, entre el cosmos y la historia, entre lo particular y lo universal, entre lo individual y lo colectivo, entre lo privado y lo político...- articulan el símbolo. Todo es metáfora de todo.

Todas las Culturas tienen sus símbolos para interpretarse. La Cultura de Occidente, las Culturas Orientales, las Culturas semitas (judíos y árabes), las Culturas aborígenes latinoamericanas...

Subyace la creencia en el simbolismo inmanente de la sociedad y de la acción humana.

¿Qué es el mundo? ¿Qué es la vida? Los primeros filósofos hicieron su lista de símbolos: fuego, aire, tierra, agua; luz (sol, día, dios); caos y cosmos, desorden y orden. Y testimoniaron su primera impresión: La vida es permanecer y fluir; todo permanece, todo fluye. Dos grandes símbolos, pues, ‘acapanan’ al ser humano, diástole y sístole, despliegue y repliegue, inmanencia y transcendencia, camino y casa. Y dos talantes humanos, nómada y sedentario.

Narrado de otra manera: En el comienzo de la filosofía “discutieron” Parménides (“todo permanece”) y Heráclito (“todo fluye”). Alguien los puso un día de acuerdo y despertaron al hombre al sueño de construirse una morada segura en tierra firme al lado del río que pasa. Suelo (substancia, fundamento, soporte, morada, casa, patria, tierra firme...). Camino (río, vuelo, viaje, sueño...).

Todo individuo, toda sociedad, todo texto, son sistemas de símbolos y de motivos, de descripción y de prescripción. Símbolos y motivos –dos formas del universal- se articulan entre sí. Al ser humano lo han definido por sus capacidades. Las tres primeras -de lenguaje, de acción y de relato (chispa que salta de frotar las dos primeras)- ensamblan el estrato de los símbolos; y la cuarta capacidad (la de la responsabilidad, de dar la cara), el estrato más profundo, el de los motivos.

RELIGIÓN.

Re-ligión, re-ligar. Ella es sustrato ontológico. “La religión antes de ser una confesión –reflexiona Levinas- es la pulsación misma de la vida donde Dios entra en relación con el hombre y el hombre con el mundo. Religión, como la trama del ser”. ¿No lo ven, por ejemplo, en los cuadros de Salvador Valero? La religión es también sustrato ético, que nos recuerda Ricoeur. “Lo religioso, fuera de su fragmentación en múltiples confesiones, consiste en liberar el fondo de bondad del

hombre, soterrada bajo la espesa capa de maldad”.

CAMINO.

¿Recuerdan el poema de Pessoa “Al volante”? “Al volante del Chevrolet por la carretera de Sintra./A la luz de la luna y del sueño en la carretera desierta... En el camino de Sintra, en el camino del sueño, en la carretera de la vida”.

El camino es la expresión de la trascendencia del hombre mismo (...) como imagen de la vida humana, es uno de los primitivos símbolos de la humanidad”. Es la conclusión de Otto Bollnow en *Hombre y Espacio*, el libro más importante del pensamiento moderno sobre la espacialidad del ser humano. El símbolo desplegó su espectro:

“Yo soy el camino”, dijo Jesús como invitación a la aventura.

Palabra clave en las filosofías orientales es la senda.

- La vida como río apunta en Heráclito; y después en Dante, Santa Teresa, Manrique (“nuestras vidas son los ríos...”), Becquer, Rubén Darío, Antonio Machado (“pasar haciendo caminos -caminos sobre la mar”)...

- “La novela -recuerda Carlos Fuentes- es un género itinerante: camino, viaje”. Terrible destino humano: “Sentirse caminar sobre la tierra - cosa es que lleva al corazón espanto”.

La condición de la vida como camino está dada desde la cuna. La vida, ya en su comienzo, por razones biológicas y no únicamente por razones morales busca, de manera imperiosa, encontrar un sentido, llenarse de significación. El ser humano desde niño tiene la ineludible función biológica de encontrar sentido a su existencia. Este sería el resumen de un libro luminoso, *El Camino de la Vida Humana*, de Carlota Bühler.

Los caminos surgieron para el ansia infinita de aventura, para el despliegue sin

límite: amanecieron huellas leves de pisadas trashumantes y después se trocaron instrumento del dominador. Linschoten ha escrito: “En la Roma militante, administrativa y progresista, Europa aprendió a andar y marchar. Las rutas servían para la consolidación, conservación y expansión del Imperio, eran los canales de la dominación romana”.

Hoy huyendo del hambre y de la muerte millones de emigrantes deambulan por caminos de mar y tierra a lo largo del ancho mundo.

El sendero nómada para el encuentro humano y para la simbiosis con el paisaje devino ‘autopista’, enajenación del poder y de la técnica, espacio excéntrico, violación de la naturaleza.

Por eso, Heidegger añora los senderos perdidos en el bosque, los *Holzwege* -caminos que llevan a ninguna parte-.

CASA.

El camino -carretera o calle, río o ruta espacial- es de todos: es lo anónimo, lo colectivo, lo público; la casa es lo mío, lo privado, lo propio. En el camino se está a la intemperie; en la casa, al abrigo. “El odio se amortigua detrás de la ventana”, proclama el verso de Miguel Hernández. Y Goethe sentencia: “El hombre fugitivo y sin casa es inhumano”.

Por eso, el actante de *Anfisbena*, la novela de un filósofo, José Manuel Briceño Guerrero, reflexiona: “Hubiera querido para mí una casa con formas de magnolia donde fuera posible perderse”. “Hogar prestado, es cierto; pero único hogar (...) en la casa del verbo”.

Por eso, el poeta grita: “¡Qué solo estoy, Señor; - qué solo y qué rendido - de andar a la aventura - buscando mi destino...!”

Hay, en consecuencia, en el ser humano un deseo innato -una desgarradura violenta- de tener una casa. “No quise nada malo. Solamente - construirme una casa...” (Angela

Figuera). Aunque la casa sea un autobús arrumbado de la guerra a la vera de la carretera, como en la novela *Tierra sonámbula* del mozambiqueño Mia Couto.

Un filósofo judío, Emmanuel Levinas, reflexiona que la casa articula una doble dimensión humana. De una parte, recogimiento, repliegue sobre sí mismo, ensimismamiento, el vestíbulo del interior del hombre. Y, a la vez, relación yo-tú, acogida: volver a la casa es encontrar a alguien que espera; la casa nunca es de un solitario; la casa es hospitalaria. “Lo que nos remite a su interioridad esencial y al habitante que la habita antes de todo habitante, al acogedor por excelencia, al ser femenino. Es preciso añadir que de ninguna manera se trata de sostener, ridículamente, la verdad o la contra-verdad empírica de que toda casa supone **de hecho** una mujer”. La feminidad no tiene sexo, es la acogida misma de la casa, la acogida humana.

La casa habla. (Es cierto que la casa habla cuando encuentra escucha, cuando encuentra oreja, es decir ‘moradores vivos’. La constatación empírica de infinidad de casas mudas, porque habitadas por sordos, no anula el principio). Pareciera que la casa que habla sugiere a sus moradores un convenio: yo os doy cobijo-recogimiento, si me ayudais a anchar mi destino, acogiendo también a los otros.

Y -¡asombro!-, entre los intersticios del silencio y del amor, resuenan las pisadas y el murmullo de los dioses que la habitan desde siempre. Ese pueblo pagano que era Roma tenía sus dioses ‘lares’. “Mi casa de los dioses”, ha escrito José Manuel Briceño Guerrero.

Y, cuando parece que el río se seca y el camino se corta, todavía está la casa. “De todo tu andar de antiguo caminante, - de todo tu sufrir en desamparo, - de soportar el peso del hacha o del saco, - de asistir al herido y repartir el pan, - sólo te quedó una casa, -a cuya puerta escribiste algunas palabras de la Biblia” (Gervasi).

Y así y aquí, Dios ha querido ahora - que tuvieras tu casa, tú, poeta, - y a tus sesenta años y al regreso - cuando ninguna casa es necesaria - (y eres tu casa tú) de cal y canto - y ya una casa no es ese cuerpo - que nos sostiene sino sólo un sitio - donde sentarse a recordar un poco - de justicia y consuelo o la materia - que le da su razón a aquella casa (Ridruejo).

JUEGO.

Una de las grandes metáforas griegas para decir el ser es el juego. El mundo como juguete, como rompecabezas; y el hombre con una tarea, jugar. Esta metáfora ha provocado mucha reflexión filosófica y literaria; recojamos algunos hilos.

En el comienzo del pensamiento occidental Heráclito había sentenciado: “La edad (madura del hombre) es un niño que juega a los dados; ¡el poder real está en las manos de un niño” (Fragmento 93).

El sentido o la verdad del ser podría ser concebido -reflexiona Heidegger- como un juego sin fondo en el que es sumergido el hombre como ser mortal.

Hay una larga tradición humanística renacentista que define al hombre por sus capacidades. En primer lugar, sus capacidades de lenguaje, de acción y de relato. Desde antiguo se había encerrado al hombre en este binomio: “lingua manusque”. Un hombre que juega, principalmente, con el lenguaje y con las manos.

Lenguaje y acción configuran el gran espacio del juego humano, ambos son los grandes instrumentos lúdicos. En ambos se instala la imaginación, la reina del juego, con su fuerza creadora.

Comentando a Gadamer, escribe Ricoeur:

Variaciones imaginativas, juego, metamorfosis -todas estas expresiones apuntan a un fenómeno fundamental: en la ‘imaginación’ en primer lugar se forma en mí el ser nuevo. Digo bien en la imaginación y no en la voluntad. Porque el poder de dejarse captar por

nuevas posibilidades precede al poder de decidirse y de elegir.

Pero ese vuelo creador tiene su recorte en la cuarta capacidad fundamental: poder reconocerse como responsable. De donde resulta un juego mitad en broma, mitad en serio. Según Habermas, Kierkegaard había percibido certeramente la inevitable concatenación de todos estos poderes:

La **biografía** (la autocomprensión de un sujeto capaz de **lenguaje** y de **acción**) se convierte en principio de individuación, pero sólo porque por medio de tal acto de elección queda trasladada a una forma de existencia caracterizada por la autorresponsabilidad.

Lenguaje, acción, imaginación y responsabilidad constelan el vocabulario del juego y apuntan a las reglas de la pedagogía. Schlegel da la fórmula: “Que los acontecimientos, los hombres, en breve, el juego entero de la vida sea realmente tomado y representado como juego”.

Y Briceño Guerrero adentra los juegos en el misterio de la vida: “Los juegos son de origen sagrado y reflejo del Gran Juego. Los juegos infantiles tienen una importancia especial porque en ellos se conserva puro **el mensaje fundamental de los antiguos sabios**”.

Tras el texto de Cervantes (“el camino es mejor que la posada”) Briceño-Iragorri reflexiona:

Bolívar es para caminar. Bolívar está caminando (...) Bolívar quiere que se le cite para hacer camino, para desguazar ríos, para remover montañas. Todos saben, como los marinos audaces de Plutarco, que navegar es necesario aún más que el propio vivir.

VIAJE Y RÍO.

La vida como río apunta en Heráclito; y después en Dante, Santa Teresa, Manrique (“nuestras vidas son los ríos...”), Becquer, Rubén Darío.

“Un caminar de río que se curva, - avanza, retrocede, da un rodeo - y llega siempre” (Octavio Paz).

Río a cielo abierto y río subterráneo. “Soy el que va en sí mismo oyendo el mundo, - oyendo cómo baja por su sangre - el rumor milenario de la tierra” (Gervasi).

Paralelos con los ríos trascurren los viajes. Viaje como el de Ulises, de eterno retorno; o, como el de Abrahám, hacia la tierra prometida.

Viaje y río como aventuras que vivir, como símbolos que se entrecruzan.

El Logos, el río-viaje de la palabra. Nietzsche, Heidegger, Derrida, Briceño Guerrero... se han visto la cara en el espejo transparente de ese río, le han visto la cara al Ser polisémico en las tres antiguas metáforas, metáforas metafísicas: **Luz** (sol, día...), **suelo** (substancia, fundamento, soporte, cuerpo, morada, casa, patria, tierra firme...), **Camino** (río, vuelo, viaje, serpiente, sueño...). El Ser es luz, suelo y viaje: a la luz se translucen la tierra firme y el río que pasa.

Has partido, navegas por un mar sin orillas, y nadie sabe a dónde vas, ni siquiera los dioses ciegos que gobiernan los vientos y la espuma. Estás de viaje”, reflexiona desde la incertidumbre un personaje de Briceño Guerrero. (HO: 12-13).

Recogiendo una larga tradición, Goethe (1749-1832) nos recordó a los humanos: “Lo que heredaste de tus padres conquístalo para poseerlo”. ¿No hay una contradicción evidente entre heredar y conquistar, entre donación y apropiación, entre pasividad y actividad? Pero ¿no se sabe desde siempre que el hombre es una paradoja, una contradicción irresoluble?

De una parte, heredamos una tierra, habitada por hombres, que conversan entre sí. Es decir, somos herederos afortunados, pertenecemos a una tierra, a una comunidad humana, a una conversación originaria. Tres heredades, tres cobijos, tres placentas en donde se nace, se vive y se muere.

De otra parte, somos acción, poder de apropiación, de acomodación, de tanteo, de ponderación, de manipulación, de creación, de lectura..., es decir, de conquista de esas tres heredades, tierra-convivencia-palabra. Hay una encrucijada, donde convergen, se confunden y se afincan tierra-ciudad-palabra: se llama terruño, pueblo, familia, casa.

Heidegger (1889-1976) recoge y recrea esta tradición. La vida es un don con el que hay que familiarizarse apropiándose a través de un viaje. O, mejor dicho, a través de tres viajes simultáneos: un viaje telúrico de posesión y habitabilidad de la tierra al hilo del tiempo cósmico; un segundo viaje político-colectivo de construcción de la ciudad al hilo del tiempo histórico; y un tercer viaje, el viaje de la palabra, que anuda en su relato los otros dos viajes y reúne Los tiempos cósmico y humano.

Primer viaje. Otto Pöggeler, comentarista de Heidegger, escribe:

El lugar es atribuido al hombre como su bien; pero esta atribución demanda una apropiación: el lugar debe ser obtenido por un viaje (...) El río que hace la tierra laborable, hace de ella una patria: habita y permite habitar. Revela así la esencia del lugar y del viaje. Es el lugar del viaje y el viaje del lugar (...) El río es la unidad de la estancia y del viaje (Pöggeler, 300-301).

El segundo viaje es el de la ciudad, el viaje histórico. Heidegger ha reflexionado:

Polis se traduce por Estado y ciudad pero así no se acierta con su pleno significado. La polis constituye el sitio del acontecer histórico, el allí en el cual, a partir del cual y para el cual acontece la historia (Heidegger: 188).

El tercer viaje es el de la palabra. Desde Grecia a este viaje se le llama Logos, “mas logos no es –puntualiza Gadamer– ‘razón’ sino ‘discurso, justamente la palabra que se dice a otro” (Gadamer 1993: 10). Y añade Ricoeur:

La identidad narrativa no agota la cuestión de la identificación del sujeto, ya sea un individuo particular o una

comunidad de individuos. Sino que es la responsabilidad ética el factor supremo de la identidad.

El logos es lo dicho, lo denominado, lo recogido, juntado y depositado. Y todo esto no se contempla desde la perspectiva del hablante, sino más bien de aquello en lo que todos han convenido (...) El logos es común, compartido... Las palabras... una capacidad de referirse a las cosas, pero por convención... Son el comienzo que no ha comenzado nunca, sino que está siempre ahí. Él es el que funda la indisoluble cercanía entre pensar y hablar (Gadamer 2002: 255-256).

Leamos evidencias. La primera. Las tareas para apropiarse de tierra-convivencia-palabra retienen al ser expresada la ambivalencia del recibir y del apropiarse, que son tareas a dos manos. Con una mano se cosecha, con la otra se esparce la semilla; con una mano se lee, con la otra se escribe; una mano agarra-se convierte-en (la) oreja para escuchar mejor, la otra apoya-se-transforma en (la boca) para hablar mejor. Esas dos tareas las significa el verbo griego “Legein”. El significado originario de ‘logos’ es, como lo subrayó Heidegger, leer, es decir, juntar, reunir la ‘lese’, la cosecha, la recolección. Legein es leer, recoger cosas juntándolas y poner cosas juntas, reunir. Así que, en calidad de Lese, como cuando se cogen uvas de las cepas, es algo reunido y protegido” (Gadamer 2002: 253). El diccionario griego en el término *Lego* nos asoma al insospechado racimo de acepciones que aglutina dicho término - tiene que ver con el lecho donde el hombre nace-yace; - con reunir, seleccionar; - con exponer, hablar, narrar, leer, escribir; - con rogar, mandar.

Segunda evidencia. Del primer viaje –es decir, del regalo de la tierra y del esfuerzo de su apropiación- se han tomado, desde el comienzo de la humanidad, los grandes símbolos para decir la vida: río, viaje, camino, serpiente, juego, sueño, vuelo... Esos símbolos retienen la ambigüedad del don y de la apropiación. “El río es la unidad de la

estancia y del viaje”. Y lo mismo el camino, es la tierra hollada por las pisadas y son las pisadas del caminante; camino anterior a las pisadas y camino que hace el hombre con sus pisadas. Es el trasiego de la **analogía donde** todo es metáfora de todo.

Tercera evidencia. El haz de acciones-tareas –los oficios de los hombres en esa apropiación, y hasta los instrumentos de que se valen- se han erigido, desde la memoria originaria, en las metáforas para decir también la apropiación de la ciudad y del lenguaje. Arar, sembrar, cosechar, vendimiar, pescar, cazar, medir, contar, modelar, forjar, construir. (albañil, arquitecto, artesano), amasar, cocinar, tejer, hilar... El mundo, tierra para abrirle surcos, algodón para retorcer, hierro para forjar, arcilla para modelar.

En el discurso heideggeriano se entromete el poeta. Venezuela –en el verso de Andrés Eloy Blanco- es un viaje, un camino, un río, el Orinoco. “Como de la montaña, corazón de la Noche,/ saltan los Orinocos, venas de claridad”. Orinoco, “río de la Patria, vieja calle bolivariana, primer ciudadano de Venezuela, camino del Libertador,/ sangre del Corazón de América”. “Río de nuestra Esperanza,/ cuando la Esperanza sea”. “Orinoco es todo lo que llega al mar”. Viaje-cabalgadura sobre el río-caballo. “Y así fue que en tu espalda marchó Alonso Bolívar/ y fuiste el Rocinante de los ríos de América”.

En el discurso heideggeriano se entromete también Briceño-Iragorry. Ahí estaba el río Castán y sus recuerdos de infancia. “Oía la mansa corriente del río familiar”. “El viaje antiguo del hombre venezolano que trabajó con amor y fruto la pródiga tierra nacional”. “Bolívar quiere que se le cite para hacer camino, para desguazar ríos, para remover montañas”.

Allá arriba la montaña de Pérez Carmona y allá abajo la mar de Andrés Eloy Blanco y de Briceño Guerrero.

MONTAÑA.

En el origen mítico, más que histórico, de muchos pueblos del mundo está una montaña. La montaña es un símbolo. La montaña, manifestación de lo trascendente, morada de los dioses, a donde asciende el hombre a encontrarse con ellos. Mircea Eliade comenta: “La cima de la montaña cósmica es el ombligo de la tierra, el punto donde dio comienzo la Creación”. “Cuzco” quiere decir “ombligo”. Zaratustra –testigo Nietzsche- vive en la montaña. El Sinaí israelita, el Fuji-Yama japonés, el Olimpo griego, el Ararat turco (donde la barca de Noé se salvó del diluvio), el Everest tibetano, el Kailas hindú morada del dios Shiva; el Kenia africano tumba del dios Ngai; el Kilimanjaro tanzanio; el Popocatepel (Cerro que humea) mexicano; el Chimborazo ecuatoriano.

La montaña de Escuche, a la que canta Antonio Pérez Carmona. De la montaña brotan las palabras: “La génesis, el trueno primario de esta poesía que convoca al triunfo de la luz sobre la sangre es el Canto guerrero de los cuicas, brasa social brotada desde las vertientes montañosas de Escuche”, clama Pérez Carmona.. Notemos el juego de metáforas montañosas de que se vale el poeta: Entrañas de fuego, entrañas de luz -trueno primario-, entrañas de agua.

MAR.

“La mar, que no conoce el tiempo. Agua del mar, sin seña de fronteras,/ ¡Thalassa, madre América!” poetiza Andrés Eloy Blanco.

La mar es el personaje del libro de Briceño Guerrero *Esa llanura temblorosa* (Caracas, Oscar Todtmann Editores, 1998). Símbolo del caos, de la muerte, del misterio, de la vida, de la convivencia humana... “ Soy llanero. Conocí el mar ya hombre (...) de repente allá abajo esa llanura resplandeciente, deslumbrante, móvil. Después ese gran cuerpo penetrable con la vista, con las manos. Pero, a partir de cierta profundidad, lo oscuro, lo desconocido, lo impredecible, la amenaza de muerte, el terror. Ahora todo es para mí

como entonces el mar. Ese llano tembloroso, penetrable. Esa extensión donde no se puede sembrar ni cosechar. La inmensa oscuridad poblada por dentro, ese otro mundo del agua. Yo del aire. La posibilidad onírica no sólo de la caída en lo profundo, el ahogo, sino también del surgimiento temido, del aflorar de monstruos. Por otra parte debo reconocer, en esa sensación de peligro y amenaza, un encanto, una fascinación. La belleza de lo terrible. La atracción del abismo. Pensándolo bien, el mar ya estaba en mí”.

LA RESPONSABILIDAD.

La responsabilidad es la estructura esencial, primera, fundamental de la subjetividad. La ética, no adviene como suplemento a una base existencial previa; en la ética entendida como responsabilidad se anuda el nudo mismo de lo subjetivo. Responsabilidad por otro. “Esta manera de ser, sin compromiso previo, responsable por otro absoluto, es en suma el hecho de la fraternidad humana anterior a la libertad”.

Trujillo, abril 2017.